

HERMANO LOBO

Cierta mañana glacial de finales de enero de 1995, iba un hombre monte arriba, jorobado el espinazo por un pesado zurrón, y con paso receloso, volviendo la cabeza cada cierto trecho, como temiendo que lo vieran. Las piernas enfundadas en pantalones de pana remendados; como cinturón una faja oscura y prieta, enroscada en la cintura con afán de sierpe. Botas de cuero repujado, único lujo de la sobria indumentaria. Por cima, grueso jersey de lana y zamarra deslucida de cuero negro. Papahígo ceñido, calado hasta las cejas, que resguardaba del frío, entre otras cosas, a orejas y mejillas. Iba la gruesa nariz nuda por delante, témpano viviente, abriendo camino, aguantando lo más ingrato de la llovizna. Y aun así, aquel ropaje no parecía bastante, tanta era la inclemencia de los elementos en su derredor. El dichoso orbayu difuminaba cuanto empapaba su tacto viscoso, procurando un aspecto fantasmal a la naturaleza toda, poniendo telarañas donde no las había, desbocando la imaginación, dando alas al miedo, trocando los árboles en fantasmas y las rocas en asturcones, cabras montesas, vaqueiros u osos pardos. Y un viento cimero, con regusto a nieve y a fríos de antaño, barría con su escoba gélida cuanto arramblaba en su estampida monte abajo.

Debía frisar el hombre los sesenta años, pero era recio de cuerpo y de piernas sólidas que se desplazaban con largas zancadas, y no se daba un respiro, si acaso los contados momentos en que se detenía para volver la cabeza por ver si alguien le seguía. Y eso que el tiempo era desapacible a más no poder y todo ser vivo cuerdo, hombre o bestia, habíase refugiado en su hogar o madriguera, al socaire del viento helado. No era día para andar retozando por el campo y mucho menos para subirse a pasar frío a esos montes dejados de la mano de Dios, por los que soplaba un cierzo de furor homicida.

Pero nuestro hombre caminaba y caminaba monte arriba, con férrea decisión, como si supiera a donde iba. Y con aquella carga a su espalda, salvaba los escobios, gargantas, riscos y precipicios que le salían al paso, y de tanto trepar por las piedras aquellas se le había contagiado algo de dragón montaraz: el hálito candente que escupía por la boca cada vez que espiraba.

Llevaba dos horas subiendo sin parar cuando estremeció el aire un aullido lupino. Detúvose el caminante un momento, sobrecogido el ánimo por aquel grito, sin poder evitar un ademán de espanto, y hasta pudo parecer que iba a cejar en su empeño de seguir avanzando, pero no fue así. Muy al contrario: apretó el paso, si bien ahora las piernas le tremolaban algo. La causa, empero, no podía achacarse a flojera o temor, sino más bien a turbación y acaso a un vago afán por alcanzar la meta.

Al rato llegó por fin a donde se proponía. Allí estaba la fiera, en una esquina de la arisca montaña, atrapada en el cepo, trunca una de las manos delanteras. Era un lobo de pelaje gris, magro de carnes, enjuto de cuerpo, de extremidades largas y secas, bigote albo sobre el negro y alargado hocico. Al acercársele el hombre, se revolvió la fiera en la trampa, erizado el arqueado lomo, arrugado el bello superior, exhibiendo los afilados caninos amarillosos. No se arredró por ello la persona, que sabíase a salvo y que se permitió una leve sonrisa de triunfo, dando por bien empleados la empinada ascensión y el helor padecido.

Sentóse el hombre sobre una peña, a pocos metros de la fiera, y libró la espalda del peso del morral, que fue a parar al suelo. Del zurrón sacó una hogaza de pan, un trozo de queso de Beyos, blanco y suave, y un pellejo de vino, y se puso a comer tan ricamente, con buen apetito, sin perder de vista a la bestia, que por su parte tampoco le quitaba ojo de encima. Y al queso le siguió un embutido y al embutido un par de roscos de los de almendras y avellanas. Y a todo esto, el lobo callaba y le miraba, y veíase correspondido con idéntica mirada silenciosa. Terminó el hombre por dar un último y luengo tiento al pellejo, echando la cabeza atrás, regando con vino la garganta saturada.

A continuación, aprovechando que el vendaval había amainado y la llovizna daba una tregua, sacó el caminante del bolsillo interior de la zamarra una petaca y lió un cigarrillo con toda la parsimonia del mundo, como si no tuviera ninguna prisa por hacer lo que tuviera que hacer. Prendió el pitillo y tras darle un par de profundas caladas y exhalar el humo y sin dejar de mirar a la fiera presa, le espetó lo siguiente:

-- Tú a mí no me conoces y por eso mismo me voy a presentar. Me llamo Fermín Osorio Sigüenza y aunque he hecho un poco de todo en esta vida, me gano las fabes, que decimos aquí, como ganadero. Soy natural del pueblo de Villanueva de Oscos, pero vivo afincado aquí cerca, en un sitio que le dicen El Trechurio, en Lena. Tengo vacas y cabras y ovejas y cerdos y también gallinas. Y me tengo por un hombre bueno, con nadie me meto si nadie conmigo se mete. Con ninguno riño, que dos no riñen si uno no quiere. A nadie miro mal, que todos somos hijos de Dios y a Dios faltamos por igual. Y tú te dirás: Pues entonces ¿por qué me has puesto este cepo? ¿Por qué te vienes aquí de tapadillo y como quien no quiere la cosa? Pues verás, porque tú empezaste esta guerra, por llamar a lo nuestro de alguna manera; tú empezaste esta guerra, digo, porque el año pasado, sería por estas fechas, bajaste del monte y te llevaste a la Luisina, sí hombre, una ternera de pintas negras y piel rosada, muy retozona ella, y te la comiste, bribón, y que te aproveche. Al día siguiente, ni rastro de la Luisina, como si se hubiera esfumado en el aire. ¡Un misterio! Aluego, en el chigre del tío Cerdeira los paisanos haciendo cábalas, decía el Melchor que eso era un trasgu que me la tenía jurada, que la cosa venía de antiguo, que mirase a ver si alguno de mis familiares había hecho algo malo. Mira, yo no soy hombre de muchas luces, no soy leído ni estudiado, pero no creo en trasgos ni en cuélebres ni tampoco en xanas, y eso que una abuela mía dicen que lo fue, que sanaba el agüeyau con no sé qué potingues y hierbas del monte y lo mismo te curaba un mal de amores que te sacaba la pus de una herida infestada. Pero, bueno, el Melchor, que es cabezota como una mula y a ratos borrico de los de baldar a palos, nada, emperrado en que era un cabritu, que también le dicen

ñuberu, que a él le había pasado, decía, que lo había visto volar con alas de murciégalo, llevando un borrego en las garras y escupiendo a diestro y siniestro.

Entre nosotros, yo sabía que eras tú. ¿A qué engañarnos? Un lobo, fijo. ¿Quién te ha de robar una ternera del aprisco, a ver? Pero bueno, lo dejé correr. Me dije: Dios lo ha querido, qué se le va a hacer. Ni siquiera fui a reclamar a los guardas del Medio Ambiente. A ésos ni pedirles la hora. A ésos, si no les traes los restos de la ternera y el lobo, no te creen y no te aflojan la pasta. Y encima te miran de lado, como las gallinas, como si fueras un delincuente que va a timarlos. Mira el Manuel, que denunció la matanza de dos corderos en la majada, ya va para tres años y aún no ha visto un duro. Y eso que no para de protestar y lo traen mareado de un juzgado a otro, firmando papeles, rellenando instancias, yo qué sé. Bah, al final se lo quitarán de encima con cuatro perras, siquiera sea para callarle la boca.

Pero a lo que iba. Que la Luisina fue la primera. Aluego vino lo del puerto a donde subí las reses a pastar. Tú bien que te enteraste, que parece estar en todas partes, como Dios Nuestro Señor, y que me perdone Dios por la comparación, que no viene al caso. Pero bueno, te enteraste y bajaste al puerto a la chita callando a ver con qué te llenabas la panza esta vez, y mira por donde esta vez le llegó el turno a la Manuela, ya sabes, la cabrita del morro chamuscado y la pelambre ceniza. Ésa sí te plantó cara, que la Manuela tenía unos cojones que ni don Pelayo. Dos cuernecines chiquitines en la testa, pero qué cuernecines, ay, amigo, qué cuernecines. Yo y el perro lleguemos tarde, porque la Manuela era muy suya y en vez de balar y dar la alarma, como está mandado, le dio por pelear en silencio, que ya digo, la Manuelina era muy suya y a ella no le vengas ni con lobos ni con hostias en vinagre.

Para cuando yo me presenté, ya te la habías llevado, pero en el suelo estaban las dos sangres mezcladas, la tuya y la suya, porque ella te rajó, que desde aquí se ve el costurón que luces en el flanco; eso, los cuernecines de mi Manuela, fijo. Al final sí que podiste con ella y te la comiste. Así revientes, me dije yo, pero se ve que no, que tú tienes el estómago hecho a todo.

Eso sí, salí de dudas. ¡Qué trasgos ni qué cuélebres ni qué Virgen de Covadonga en pelota! No, si ya decía yo que era un lobo. Y por eso nos juntamos unos cuantos ganaderos, el Ramiro, el Mariano, el Rubén, el Arturo, el Fermín y servidor de usted, que a todos ellos les has hecho alguna que otra trastada, esa bocaza tuya a todos les ha buscado la ruina. A unos les has matado dos, tres o cuatro reses y a otros hasta quince, como la carnicería aquella que hicistes con las ovejas del Mariano, que se ve que te metiste en el corral una noche sin luna, y a ésta le hincó el diente y a esta otra también, a aquélla le quiebro el gañote y a la de más allá igual para no ser menos, el caso es que no dejaste bicho sano, y a la mañana siguiente el pobre Mariano tuvo que rematar a las heridas, que querer curarlas eran ganas de perder el tiempo poniendo parches. Porque no es cierto, ¡quia, qué ha de serlo!, que matéis no más que para comer. Sois alimañas, a qué engañarnos. Matáis por matar. Si pueden ser diez, mejor que cinco. Si veinte, mejor que diez. Habéis venido a este mundo a matar todo lo que se os ponga por delante. Por eso mismo, también hiciste una escabechina en la braña del Áramo, degollando a cuanto borrego triscaba por allí, que pasaban de cuarenta. O fuiste tú o algún compinche tuyo, que de noche todos los lobos son pardos. O igual fue cosa de los dos, al alimón, como en los toros. Será el instinto que Dios te dio o el Diabolo te prestó, vaya usted a saber. El caso es que cuando la ocasión se os presenta, no dejáis títere con cabeza, matéis cuanto criaturina se os pone a tiro, por no perdonar no perdonáis ni a Cristo bendito bajado del Cielo que se os apareciera.

Pues como te decía, nos juntamos los ganaderos que ya dije y un servidor y en cogiendo las escopetas nos fuimos a dar la batida a los montes del Áramo, que es por donde tú te trajinas a nuestros rebaños. ¡En mala hora tomemos aquella decisión! Todo el santo día estuvimos de aquí para allá, dando vueltas como tontos, sin perros por no querer llamar la atención, y al final dimos caza a un meloncillo y a un zorzal aliquebrado que tuvieron la mala fortuna de salirnos al paso, y a una loba coja y a dos lobatos, lobeznos los llamaron luego los de Medio Ambiente, cuando nos pillaron con las manos en la masa, que suele decirse, las escopetas todavía

humeantes. Discutir, discutimos, vaya si discutimos, hubo voces y palabras mayores y llegó a mentarse a la madre de fulano y en fin, que casi casi que llegamos a las manos con los guardas, que a más de uno le tengo yo ganas por valentón y vendehúmos, pero de poco o nada sirvió el acaloramiento, pues en esto se presentaron los urbanos y aluego de los urbanos, los tricornios, que gastan menos labia pero más mala leche, y así acabemos en el juzgado de guardia número ocho de Oviedo. ¡Caro nos salió el lance de la jornada! La ley dicen que es igual para todos. Así será, pero resulta que es más para unos que para otros, porque a nosotros nos vino a salir, a la larga, quiero decir cuando el juicio, a doscientas mil pesetas por barba, más la retirada de la licencia de armas, dicen que para cinco o diez años. ¡Así están las cosas, que uno ya no puede ni defender su ganado de las alimañas! ¡Esto ni es ley ni nada que se le parezca, pero qué le vamos a hacer si las cosas de este mundo ruedan de mala manera!

Todo esto dijo Fermín Osorio de un tirón, como si se lo trajera aprendido de memoria. Pero aquí se detuvo, dejó caer la colilla al suelo, la pisoteó sin rabia pero sin contemplaciones y acto seguido procedió a abrir nuevamente el zurrón que descansaba a su lado, afanándose con su contenido. Mirábale el lobo sin quejarse por su malparada pata ni por lo prolongado de la parrafada. La fiera sabíase impotente y se limitaba a observarle, eso sí, de hito en hito, torva la mirada, presto el diente a cumplir su destino de horador de carne, pendiente de sus menores movimientos estaba el animal, como intentando adivinar sus intenciones y el trajín que el hombre se traía con el morral.

Delante de la bestia, sin apresurarse, el ganadero sacó lo que llevaba en el macuto, que al pronto no se veía muy bien qué podía ser, hasta que Fermín empezó a ensamblar las diversas piezas. Algo perdido debió de verse el hombre, pues de pronto echó mano a unos papeles y entornando los ojos y apartando la cabeza como para ajustar la visión, iba moviendo los labios, articulando en voz baja según iba leyendo.

-- Claro, no es así, es así -- dijo al rato en voz alta.

Para cuando hubo acabado, tenía en sus manos una flamante escopeta, que cargó seguidamente con un par de cartuchos.

-- Me la ha traído un amigo de Gijón, que la compró de extranjis en el puerto a un marino de un barco italiano. Nadie sabe que la tengo ni nadie tiene por qué saberlo. Lo bueno de estos chismes es que puedes llevarlos desmontados a todas partes y montarlos luego en un santiamén. La verdad, es la primera vez que la monto y, hombre, tan difícil no me ha sido. ¡Huy si se enteran los del Medio Ambiente! ¡Me cae un paquete de mucho cuidado, de esos de quieto y no te menees! ¡Pero qué han de enterarse! Esto queda entre nosotros dos. Cuando acabe contigo, con desmontar la escopeta y desmontar el cepo y meter entrambos en el morral, asunto concluido. ¡Hala, y para casa que llueve! Y del morral, a un rincón del hórreo, que yo me sé de una tabla floja que le servirá de escondite. Y si te he visto no me acuerdo, hermano.

Tú eres un lobo listo y sabes que vas a morir. Y yo quiero que sepas la razón, que todo en esta vida tiene su razón o su sinrazón, vaya usted a saber. No es por la Luisina, qué va. Me supo mal, la verdad, qué quieres que te diga, yo quería a la Luisina, era tan retozona ella, tan rosada, daba gusto verla triscar por el prado, pero hice de tripas corazón, como tantas otras veces tiene que hacer uno le guste o no. Tampoco es por la Manuelina, que le tenía mucho afecto, sí señor, andaba encariñado de ella por lo brava que era, que no se me acojonaba ante nada. Lamentarlo, me lamenté, pero qué se le va a hacer, me dije, eso ya no tiene remedio. Y tampoco es por la multa, que me sentó como un tiro, dicho sea de paso, ni por los disgustos y sinsabores que me has dado, que Dios sabe que no son pocos y el Diablo porfía que no son muchos. Te voy a matar, y quiero que lo sepas, por comerte a la Leticia. Has de saber que en todos mis años, que ya son muchos, sólo he querido de verdad a mi mujer, Carmina, hembra guapina como no había dos en Asturias, que en paz descansa la pobre, y a la Leticina, a mi Leticina, que la quise mucho, estará mal, será pecado, lo que tú quieras, pero la quise mucho, mucho, mucho, con amor de hombre, como si fuera ella mujer, y no me preguntes

por qué, que las cosas son como son y ni yo mismo lo entiendo. Pero por eso mismo, cuando me la mataste, juré por el Sagrado Corazón de Jesús que te había de matar pese a la Ley de Caza y Reglamento, pese a los del Medio Ambiente y pese al juzgado número ocho de Oviedo. Y eso es todo lo que te tenía de decir.

Se levantó Fermín y se encaró la escopeta, apuntando al pecho del lobo. Éste, que hasta entonces había guardado silencio, presintió que había llegado su última hora y, levantando la cabeza, apuntando con el hocico al fosco cielo, prorrumpió en un aullido. El ganadero, de pie junto a la fiera, esperó a que concluyera el tétrico lamento. A continuación, sin rabia pero sin contemplaciones, abrió fuego a quemarropa. Tronó el disparo con gran estrépito, y fuese rebotando su eco de monte en monte, de cañada en cañada, de abismo en abismo, hasta ir a extinguirse allá en el horizonte.